Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

www.cineclubnucleo.com.ar

Exhibición n° 6866 6867 Martes 21 de agosto de 2007
Temporada n° 54 **Cine GAUMONT**

LA PASIÓN DE BEETHOVEN (*Copying Beethoven,* Estados Unidos / Alemania / Hungría-2006). *Dirección*: AGNIESZKA HOLLAND. *Guión*: Stephen J. Rivele, Christopher Wilkinson. *Fotografía*: Ashley Rowe. *Diseño del film:* Caroline Amies. *Montaje:* Alex Mackie. *Dirección de arte*: Paul Ghirardani, Lorand Javor. *Decorados*: Zoltán Horváth. *Vestuario*: Jany Temime. *Mezcla de sonido*: Simon Hayes. *Reparto*: Diane Kruger (Anna Holtz), Ralph Riach (Wenzel Schlemmer), Matyelok Gibbs (anciana), Ed Harris (Ludwig van Beethoven), Bill Stewart (Rudy), Angus Barnett (Krenski), Viktoria Dihen (Magda), Phyllida Law (Madre Canisius), Matthew Goode (Martin Bauer), Gábor Bohus (Schuppanzigh), Joe Anderson (Karl van Beethoven), David Kennedy (vecino), Nicholas Jones (Archiduque Rudolph), Karl Johnson (Stefan Holtz), László Áron (juez), George Mendel (Doctor). *Productores*: Sidney Kimmel, Stephen J. Rivele, Michael Taylor, Christopher Wilkinson. *Productores ejecutivos*: Ernst Goldschmidt, Marina Grasic, Andreas Grosch, Jan Körbelin, Andreas Schmid. *Productoras*: Metro-Goldwyn-Mayer, Anomaly Entertainment, Copying Beethoven, Eurofilm Stúdió, Sidney Kimmel Entertainment, VIP 2 Medienfonds. *Duración original:* 104'.

Este film se exhibe por gentileza de Alfa Films.

El film

De un modo en nada sutil sino contundente, Agnieszka Holland abre en **La pasión de Beethoven** su peculiar visión del compositor vienés con planos inestables, cortos, neblinosos y cambiantes; un fuerte arranque que expone desde el principio su particular aproximación tanto a la biografía como al cine de época. Este ímpetu visual, unido a una 'fuga' de instrumentos de cuerda, dibuja con pulso firme la tragedia y la inminencia de la muerte de Beethoven, de tal forma que el resto de la película se nos plantea como un gigantesco flashback. Esta decisión parece gratuita, pero, visto el desarrollo posterior, demuestra el deseo de la directora por cerrar el relato con un mensaje más vital y menos lineal, no con la muerte del genio y la música, sino con su permanencia en el mundo. Somos más lo que creamos que lo que simplemente somos, viene a decir Holland, y en este sentido su místico propósito va a unirse en la forma con el mismo buen ritmo del prólogo –o epílogo, según se entienda–.

A pesar de basarse libremente en la vida real de Beethoven, Holland no elude ciertos prototipos y esquemas muy hollywoodenses, quizá en el empeño de que la película sea tan universal como el músico. La relación entre Beethoven y Anna Holtz (Diane Kruger) alcanza sus mejores momentos en los instantes impredecibles y amargos, mientras que la alegría de un compositor famoso por su mal carácter casa con menor acierto en la celebración de varias escenas –como el momento en que, sin camisa, invita a bailar a Anna por el cuarto–. El resto del tiempo, la cinta calibra sin temblores el tono dramático y los toques humorísticos, incluso entremezclando los dos para generar en el espectador los sentimientos encontrados de ambas partes.

Pero si algo sobresale en **La pasión de Beethoven** es su capacidad para discurrir estética y sensorialmente como un reflejo de los conflictos internos. Más que una película de Beethoven, Holland nos dedica un discurso sobre las dobleces del genio, resueltas con magníficas contraposiciones musicales, sobre la esencia de la música y sobre la inspiración religiosa que exalta y perturba a un hombre católico. La iconografía al respecto no es parca; incluso la afortunadamente débil y visceral tensión sexual existente entre Anna y el compositor alcanza su punto álgido en una escena en la que ella le lava cual Jesucristo entre sus discípulos. El peso de la responsabilidad y

de las ideas, que Beethoven oculta bajo el nombre de Dios, se transmite mediante ángulos arriesgados, luces de vela y ventanal, y cortes de imagen fugaces; una original disposición de los recursos narrativos para alejarse de las tradicionales pasividad y estilización de los retratos decimonónicos. Sin juzgar al público del momento histórico ni encumbrar al hombre sobre la obra, Holland teje sin dejar muchos puntos sueltos los tres grandes pilares de su película: él, ella y el tercero en discordia, la música, unidos con ejemplar soltura en la escena central sobre el concierto de la “Novena sinfonía”, cuando a través de gestos los tres vértices se funden sin tocarse.

Ante todo, Agnieszka Holland ha conseguido un largometraje circular, de bellísimos encuadres y capacidad para expresar más cosas mediante las melodías de Beethoven que a través de los monólogos, si bien consiguen colarse en el guión algunos diálogos de tono demasiado petulante. Del mismo modo, la interpretación de Ed Harris oscila entre la contención, la humanidad y la temible exasperación externa, muy habitual entre los actores que se imaginan al genio como una manifestación física. Gracias a la serenidad aportada por Diane Kruger, vista normalmente más inexpresiva, cuando Harris se acerca a los extremos las escenas vuelven a equilibrarse. Y la discípula que ayuda a su maestro a dirigir el concierto evita que al espectador poco avezado en música le resulten demasiado exageradas las expresiones del director.

Aunque por momentos parezca no alejarse del sendero marcado por los *biopics* tradicionales y actuales, **La pasión de Beethoven** añade una agradecida frescura a un género tan popular como poco afortunado. Sin mostrarnos el típico recorrido de autosuperación y con una mentalidad más europea, la película se ahorra una lección de buenos valores y falsas esperanzas. Transmitiendo oleadas de pesadumbre y melancolía, el filme de Holland, como las buenas historias, deja la puerta entreabierta –la del enfoque, la del espíritu– a punto de abrirse del todo o de cerrarse por completo.

(Almudena Muñoz Pérez, extraído de www.labutaca.net)

La directora busca adentrarse en una mente que sólo oye la música que lleva dentro, en alguien que ha librado una lucha por alcanzar la libertad interior y dejar al espíritu que se desborde sin imposiciones ni restricciones de época; la conciencia de poseer un don para dialogar con las almas y sentarse a charlar con Dios de tú a tú, le convierten en un genio, en un ser duro y arrogante en ciertos momentos, delicado y humilde en otros, y siempre de carácter fuerte y exigente. Su vida –y la película– se transforma en una nueva odisea de quien busca encontrarse a sí mismo y traducir sus sentimientos en notas musicales que hablen de inquietudes y arranques de ira, temores y fugas, deseos de amor y de autenticidad. Es el mismo viaje interior que debe recorrer Anna, una joven de 23 años que llega con deseos de triunfar y que termina encontrando su sentido de la existencia.

A primera vista, podría decirse que el mejor aval del filme es su música. Sería una obviedad al tratarse de Beethoven, y una falsedad al hablar de cine. Porque ante todo, la obra de Holland destaca por el inteligente y preciso uso de la cámara, siempre moviéndose en armonía con los nuevos aires de una partitura innovadora. Su objetivo sabe recoger esos momentos de inspiración artística y aquellos otros de delicada relación entre dos individuos necesitados: los abundantes primeros planos, unos rostros llenos de expresividad o unas imágenes equilibradas en su factura dejan paso a otras composiciones nada canónicas y de planos cortados. El ritmo narrativo del montaje responde a un concreto estado del espíritu y a la música que se escucha en ese preciso momento, ya sea ésta en adagio o en fortísimo. Y una bella fotografía que prefiere los tonos cálidos y que encuentra en el claroscuro la manera de plasmar el estado febril de quien lucha por extraer la luz entre las tinieblas de la ceguera.

El mejor ejemplo de lo dicho hasta ahora podemos apreciarlo en una escena antológica, cuando el espectador escucha durante diez minutos la interpretación de la Novena Sinfonía, dirigida al unísono por el maestro y su joven discípula. Sin duda, emociona entonces la belleza de la composición con su diálogo de instrumentos que se dan entrada unos a otros, o con la intromisión de los coros con una fuerza que eleva el espíritu para conducirlo a territorios de armonía. Pero esto no sería más que una excelente partitura si no viniera acompañada por una cadencia de las imágenes, perfectamente medidas en su duración, cuidadosamente recogidas por una cámara que se mueve por la sala con escrupuloso respeto eligiendo los mejores ángulos, y alcanzando una fluidez que realza la conseguida por la partitura. Por su parte, Ed Harris y Diane Kruger dan un recital interpretativo, excelentes tanto en sus momentos creativos como en las situaciones personales en que se desvelan sus anhelos y debilidades. Sin embargo, en un guión que busca más el retrato de los personajes y su potencial artístico-musical, la subtrama del sobrino de Beethoven resulta innecesaria y un tanto impostada, mientras que la del novio de Anna se convierte en un simple apoyo metafórico que refuerza el carácter vitalista y libre del artista.

Por último, la comparación con el **Amadeus** de Milos Forman se hace insoslayable. En esa extraordinaria película, el espectador acompañaba al Mozart pueril y frívolo hasta su trágica y agónica muerte, expoliado por un envidioso Salieri. Era la bajada a los infiernos de un genio, con toda la crueldad y amargura de quien se ha echado a perder. Ahora, Holland no ha querido mostrar ese mundo de dramatismo, suspicacia y desesperación en que pudo encontrarse un alma atormentada por su sordera y singularidad: Beethoven no es el Salieri que se rebela contra Dios y el mundo porque no le han reconocido, ni tampoco el Mozart que ha malgastado –en parte– sus dones y sufre su soledad. Nuestro protagonista se nos presenta como alguien a quien el silencio permitió escuchar lo divino y lo humano, realidades espirituales en sintonía con el talento artístico y el espíritu de la época que quedan muy bien reflejadas en la cinta.

Emocionante y artístico largometraje, perfecta simbiosis de música e imagen, y a la vez conmovedora relación entre maestro y discípula. Unos y otros, Beethoven y Holland, Harris y Kruger, demuestran saber cómo crear puentes para unir a los hombres y no sólo a las ciudades. Sin estridencias ni histrionismos, sin dulzuras melodramáticas ni pedanterías cursis, la directora polaca nos ofrece una película que en San Sebastián se llevó el Premio del Círculo de Escritores Cinematográficos y que gustará al espectador aficionado a la música y amante de historias interiores.

(Julio Rodríguez Chico, extraído de www.labutaca.net)

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102, o escribiendo a nucleosocios@argentina.com

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 18 años.**